

UNAMUNO Y AMAUTA: TEXTOS Y CONTEXTOS DE UNA RELACIÓN

José Carlos ROVIRA
Universidad de Alicante

La relación de Unamuno con América ha tenido un amplio tratamiento crítico en las conocidas aportaciones de Manuel García Blanco¹ y Julio César Chaves², y en varios artículos de estos últimos años³ que reflexionan sobre un espacio múltiple de encuentros epistolares o críticos con escritores tales como José Asunción Silva, Rubén Darío, Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Amado Nervo, José Santos Chocano, José de la Riva Agüero, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Alfonso Reyes, etc. Esta relación se complementa además con una presencia frecuente en la prensa latinoamericana, siendo *La nación* de Buenos Aires uno de los periódicos que, con mayor asiduidad, recogen las colaboraciones de Don Miguel. La publicación de una gran parte de sus escritos americanos no evita el olvido en el ámbito⁴ de la crítica unamuniana de una intervención que quiero relatar y que, por razones que quedarán

¹ Manuel GARCÍA BLANCO, *América y Unamuno*, Madrid, Gredos, 1964.

² Julio César CHAVES, *Unamuno y América*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1964.

³ Algunos artículos recientes sobre Unamuno y América: LUIS URRUTIA SALAVERRI, «Unamuno et *La nación* de Buenos Aires» en J. SCHMIDELY (ed.), *Miguel de Unamuno (1864-1936)*, Université de Rouen, Centre de Recherches d'études Ibériques et Ibero-Américains, 1985, pp. 107-121; Carlos SERRANO, «Unamuno y Fernando Ortiz: un caso de regeneracionismo trasatlántico», *Nueva revista de Filología Hispánica*, 1987, vol. 35 (1), pp. 299-310; Emilia DE ZULUETA, «Unamuno desde América: Itinerario de una recepción» *Cuadernos hispanoamericanos*, Febrero-Marzo 1987, vol. 440-441, pp. 101-117. Las intervenciones de Unamuno que citaré no están presentes en las *Obras completas*, tanto en la edición de García Blanco (Madrid, Escelicer, 1966) como en los volúmenes VI —*La raza y la lengua*— y VIII —*Letras de América*— de la edición Madrid, Afrodísio Aguado, 1951. En la bibliografía de Pelayo HIPOLITO FERNANDEZ, *Bibliografía crítica de Miguel de Unamuno (1888-1975)*, Madrid, Porrúa-Turanzas, 1976, se recoge el artículo de Mariátegui que citaré a continuación, pero procedente de otra fuente de los años 40.

⁴ Tampoco ha reparado en esta relación Emilia DE ZULUETA, «Unamuno desde América: Itinerario de una recepción», *Cuadernos hispanoamericanos*, Febr.-Marzo de 1987, vol. 440-441, pp. 101-117, donde analiza las quejas de Unamuno por la poca atención que los intelectuales españoles tenían hacia el tema de la dictadura (pp. 103-104), cuestión que entronca directamente como veremos con el sentido de su intervención en la revista de Mariátegui.

expuestas luego, significa un matiz importante para el carácter de su presencia en América. Me refiero a la relación de Unamuno con José Carlos Mariátegui y la revista fundada por éste, *Amauta*⁵, relación que se establece entre 1926 y 1927, coincidiendo con el destierro del rector de Salamanca en Hendaya y su oposición a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. No ocurre lo mismo en la crítica de Mariátegui donde varios estudiosos han abordado la atracción intelectual que éste sentía hacia Don Miguel, aunque, que yo sepa, no han analizado el carácter de la intervención de éste en *Amauta*⁶.

En septiembre de 1926 aparece el número primero de *Amauta* con las palabras de presentación de Mariátegui. Recordaremos un párrafo programático para una revista que, a lo largo de cuatro años, hasta la muerte de su fundador, significará varias cosas: en síntesis, una agitación peruanista y latinoamericana con una original fusión de nuevo indigenismo y marxismo, en un amplio marco de creación y reflexión cultural. En su comienzo Mariátegui dice refiriéndose a la cabecera: «El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la Raza, no refleja sino nuestro homenaje al Incaísmo [...]. El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo». Esclarecer el significado de la palabra quechua «sabio» lleva a esa afirmación histórica del indigenismo y siempre a una práctica cultural que tendrá en esta línea uno de sus núcleos principales.

En el mismo número primero (p. 33) nos encontramos una primera referencia a Unamuno. En la sección titulada crónica de libros⁷, Mariátegui comenta ampliamente la edición francesa de *La agonía del cristianismo* en unos términos que hoy podríamos leer sin duda mediante una contraseña que llamaríamos sin exagerar teología de la liberación: tras destacar el rigor filosófico de Unamuno, y también su capacidad filológica para rescatar y vivificar palabras, como «agonía», el marxista Mariátegui, el fundador del partido comunista peruano, vincula la lucha espiritual definida por Don Miguel a la lucha revolucionaria como parte de un mismo impulso, critica lo que considera mal entendimiento del marxismo por parte de Unamuno, sus rechazos, para concluir su largo artículo: «Yo estoy seguro de que si Unamuno medita más hondamente

⁵ *Amauta* se publicó desde septiembre de 1926 hasta agosto/septiembre de 1930, con una interrupción entre junio y noviembre de 1926 por el cierre gubernamental de la revista. Mariátegui murió en abril de 1930. Hay una edición facsímil en Lima, Empresa editora Amauta, 1976.

⁶ Sobre la atracción de Mariátegui por Unamuno, cf. John B. BAINES, *Revolution in Perú: Mariátegui and the myth*, The University of Alabama Press, 1972, pp. 36-37, donde se analiza el artículo al que me referiré inmediatamente; Hernando AGUIRRE GAMIO, *Mariátegui: destino polémico*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1975, pp. 35 y ss.; Guillermo ROULLON, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*, Lima, Ed. Arica, 1975, p. 359; Eugenio CHANG-RODRIGUEZ, *Política e ideología en José Carlos Mariátegui*, Madrid, Porrúa, Turanzas, 1983, pp. 33, 84, 105 cita los textos de Unamuno presentes en su biblioteca y se refiere certeramente, a través de Unamuno y Sorel, a una reinterpretación del humanismo mariateguiano y a sus componentes religiosos, junto a elementos de irracionalismo, subjetivismo y parcialidad en su pensamiento, según ha insistido una parte de la crítica (pp. 186-187), que lo aproximan a Unamuno. Cita también el artículo de Mariátegui Augusto Tamayo Vargas, en «Mariátegui y la Literatura europea», VVAA, *Mariátegui y la literatura*, Lima, Biblioteca Amauta, 1980.

⁷ El artículo había aparecido unos meses antes en *Varietades*, año XXIII, 2 de enero de 1926, pp. 4.092-4.094. Sobre Unamuno había aparecido en la misma revista (año XX, número 835, 1 de marzo de 1924, pp. 526-530) el trabajo «Don Miguel de Unamuno y el Directorio» que enlaza con uno de los sentidos principales de la intervención que Unamuno realizará en *Amauta*.

en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como en Dostoyevsky, un cristiano, una alma agónica, un espíritu polémico. Y que quizá le dará la razón a Vasconcelos cuando éste afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino. En este libro, como en todos los suyos, Unamuno concibe la vida como lucha, como combate, como agonía. Esta concepción de la vida, que contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura sedicentemente socialista, nos hará siempre amar al maestro de Salamanca. «Yo siento —escribe Unamuno— a la vez la política elevada a la altura de la religión y la religión elevada a la altura de la política». Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquellos en quienes el marxismo es lucha, es agonía».

En el número segundo (octubre de 1926) un poeta, Juan Parra del Riego, en un ámbito rítmico y constructivo próximo a la «Marcha triunfal» dariana publica su «Marcha Unamuno», escrita en 1924 que, aunque probablemente hiciera sonreír a Don Miguel, es una significativa presencia del acercamiento que Mariátegui está buscando:

¡La sangre! ¡La vida!
¡La fe con un grito de cien alas rojas!
¡Trampolín de nubes en mi corazón!
¡Campanas de guerra, de amor y partida!
Estandartes pálidos de las paradojas
de Cristo y la luna... ¡la revolución!
Y ¡Unamuno! dicen los hondos tambores
y otros anhelantes clarines mejores
de los que arrastra algún batallón...

El largo poema de Parra del Riego construye una exaltación de la figura de Don Miguel no carente de aciertos en la comprensión del mensaje de Unamuno, sus paradojas, su papel civil, su papel cultural hacia América:

América corre junto a él encendida,
sabe que él pelea por la libertad,
siente que su trágico amor a la vida
es lo más hermoso que España nos da.

Y debemos afirmar ya lo extraño que resulta el doble espacio encomiástico, en los dos primeros números de la revista de Mariátegui, dedicado al que no iba a dudar en presentarse inmediatamente con su función de «Adelantado de la Hispanidad». Y llamo la atención sobre este término sobre el que todos los aquí presentes conocen su conceptualización, su gestación unamuniana, y el matiz diferencial que Don Miguel establecía entre «Españolidad» —conceptualización negativa— frente a «Hispanidad».

El número 5 de *Amauta* (enero de 1927) se abre con una carta de Unamuno a José Carlos Mariátegui⁸ que ocupa las dos primeras páginas: «He recibido y leído, mi buen amigo —creo poder desde luego llamarle así, y es un consuelo— los dos primeros números de *Amauta*» —comienza diciendo— para agradecer a continuación el poema de

⁸ Publica el facsímil de la carta Antonio Melis en su edición de la *Correspondencia (1915-1930)*, Lima, Biblioteca Amauta, 1984, junto a algunas cartas del pensador peruano donde se refiere a Unamuno.

Parra del Riego, y comentando el artículo de Mariátegui decir: «A usted por lo que dice de mi «L'Agonie du Christianisme» ¿Qué le he de decir? No es cosa de que nos pongamos a discutir. Acabaríamos en que ambos tenemos verdad que es mucho mejor que tener razón. Sí, en Marx había un profeta; no era un profesor. (Y vea Ud. cómo esos dos términos profesor y profeta, latino el uno y el otro griego, que etimológicamente son parientes, han venido a significar cosas tan distintas y hasta opuestas. Mucho de mi vida íntima ha sido una lucha contra el oficio oficial, contra la profesorería académica)». Agradece a continuación Unamuno otro artículo de la revista, el de César Falcón sobre la dictadura española (aparecido en el primer número). Ataca al dictador, al rey, a Martínez Anido, insiste sobre la decadencia española y la responsabilidad de los Habsburgo y los Borbones, hace un recorrido por los Migueles grandiosos de la cultura española, Cervantes, Legazpi, Servet, Molinos, para negarle ese nombre a Primo de Rivera que se llamará «Miguelón» o «Miguelito», ese «mentecato», «fantoche hueco», detrás del que tiembla Anido «símbolo de la barbarie jesuítico-pretoriana. Y también tiembla —no sé por qué— esa cuitada burguesía que por miedo cervical al incendio bolchevique —¡El espantajo!— ha entregado su casa y sus bienes a los bomberos para que se la desvalijen y destrocen», para concluir con el bellísimo eslogan: «Gracias, amigo mío, y adentro con *Amauta*. Le desea a ésta vida fecunda aunque sea corta —revista que envejece, degenera— y a su Perú justicia y libertad».

Se ha cumplido indudablemente aquí un encuentro que podemos considerar histórico entre dos intelectuales que polarizan visiones profundamente diferentes de la realidad, la historia, América y España, la cultura latinoamericana, el mundo. Un año después de la carta, aparece en el número 11 (enero de 1928) un extenso artículo de Unamuno titulado «Mi pleito personal». Es un violento desahogo donde nuevamente las figuras de la dictadura son atacadas. Algunos le han pedido a Unamuno que desdén con su silencio, pero él no está dispuesto a callarse y se reclama a su maestro Dante de quien, dice, «supo insultar». Comenta que otros hablan de su despecho: «¿Despecho? ¿Es que se me ha negado nada de lo que he pedido? Cierito es que no he pedido nada y que he rehusado los requerimientos para que pidiera». Sintetiza su posición como: «¿Desdenar? Sí, pero no con el silencio ni con la reticencia. ¿Odiar? ¡Odiar no! Se odia a las personas, no a las cosas. Y esos sujetos, esos individuos, si personifican algo son fuerzas elementales de la animalidad española, de su infrahumanidad, de su bestialidad», para abrir luego ampliamente una intervención sobre España y América, en la que se plantea que la monarquía, fracasada en su guerra en el Rif, tras el impopular desastre de Annual, comienza a hablar «de reconquista espiritual de América, de imperialismo cultural sobre los pueblos de lengua española». Y se pregunta Unamuno —y citaré ampliamente sus párrafos porque son una brillante síntesis de su idea sobre la Hispanidad—: «¿Imperialismo cultural sobre América? ¿Qué quiere decir eso? ¿Dónde el Imperio? [...] ¡Sí, hay un imperialismo cultural hispano americano! [...] Pero no de España y menos de la España del trío Habsburgo-Anido-Primo, sino de los pueblos todos de lenguas hispánicas, ibéricas, un imperialismo de todos los que pensamos en las lenguas de Cervantes, de Camoens, de Raimundo Lulio-Remon Lull», comentando luego que es la lengua de Benito Juárez, de la víctima de la irracionalidad colonial el indio José Rizal, de Sarmiento, tachado de anti-español «por menguados coloniales de tenderetes de baratijas quisquillosos», el Imperialismo, en definitiva, de «Simón Bolívar, de abolengo vasco, el más grande discípulo de Don Quijote [...] Im-

perialismo... sí, pero del espíritu y la conciencia y la justicia [...] de la cabeza y del corazón y no de la bilis ni de los testículos. Se tiene que acabar esa soez grosería de señoritos fajinados de casino —no de cuartel ni de cuarto de banderas— que hacen gala de masculinidad y de casta. Los hombres no son jacos».

En el número 13 (marzo de 1928) aparece otro largo artículo de Unamuno con el título «Cuatro años de Dictadura» que es una larga crónica sobre la situación española. Y en el número 18 (octubre de 1928) se reproduce una encuesta de la revista «Le Monde» de París (n.º 16, 8 de septiembre) que con el título «¿Existe una literatura proletaria?» contestan también Breton, Vandervelde y Waldo Frank. La respuesta de Don Miguel no es obviamente acorde con los postulados de *Amauta*: «¿Si creo en la existencia de una literatura y de un arte que expresen todas las aspiraciones de la clase obrera? Las aspiraciones íntimas, profundas, eternamente humanas de cada hombre obrero, son las mismas de cualquier otro hombre que tiene aspiraciones humanas [...] Aun suponiendo que la historia sea el juego de la lucha de clases, el arte, la literatura, la poesía, están por encima —o si se quiere por debajo— de esa lucha, y unen a los combatientes en la fraternidad humana. Una obra de arte que vosotros llamáis burguesa, emocionará e interesará a aquellos que vosotros llamáis proletarios, si es una buena obra de arte, y una obra de arte que vosotros llamáis proletaria emocionará e interesará a aquellos que vosotros llamáis burgueses y les enseñará a unos y a los otros a ser hombres. Y ser hombres es vivir en función del destino final de la humanidad».

Otras presencias que reseño rápidamente son unas «Palabras a Miguel de Unamuno», un poema de Correa Calderón en el número 22 (abril de 1929); y en el número 24 (junio de 1929), como documento, la «Carta de Unamuno a los estudiantes españoles», desde Hendaya, llamando a continuar luchando contra la dictadura, seguida del «Manifiesto de los estudiantes españoles: Al País». Por último, en el número 25 (julio-agosto de 1929) se reseña la carta de adhesión de Unamuno a un homenaje celebrado en Madrid a César Falcón, por el triunfo de su libro «Pueblo sin Dios». Unamuno, en la carta que envía desde Hendaya, reafirma su comunidad espiritual con el peruano Falcón, con quien puede buscar la libertad de conciencia en una sociedad destruida desde sus orígenes, porque los Austrias fueron allí, dice Unamuno, «a pagar con el oro de los Incas las Contra-reforma y el Contra-renacimiento. Y hoy también en el Perú tienen que soportar a la internacional y pretoriana». Recuerda finalmente que el último encuentro con Falcón lo tuvo en el Ateneo madrileño, «en ese Ateneo que resurgirá y después de desinfectado de gérmenes morbosos —como el socio 7777 (Alfonso XIII)— volverá a ser la conciencia civil y universal de España». En el mismo número, firmado por J. V. (José Varallanos) aparece una reseña del *Romancero del destierro*, en la que se afirma el valor de denuncia política que el libro tiene y se afirma que «En Unamuno se refugia la España nueva [...] Unamuno no merece ya elogio. Una admiración unísona salta para ese viejo joven ilustre. España librará su honor, en la historia, solo por él. Y con esto basta».

Por encima de la crónica política, por encima incluso de que estos documentos hayan sido o no utilizados antes de ahora con la perspectiva de lectura que nos entregan⁹, quisiera realizar una rápida reflexión que comenzaría por una paradoja casi

⁹ La bibliografía controlada no es sólo la que doy en las notas anteriores, aunque obviamente no he podido, ni he considerado necesario hacerlo, comprobarlo en toda la bibliografía mariateguiana. A las citas anteriores, habría que añadir

unamuniana: mientras a los lectores de *Amauta* les ha interesado Unamuno, aunque en una perspectiva exclusivamente referida a determinados contactos y atracciones del pensamiento de Mariátegui, a los lectores de Unamuno no les ha interesado *Amauta*. Es curiosa la afirmación de García Blanco, refiriéndose a la actividad americanista de Don Miguel: «Esta actividad unamuniana se inicia en 1899 y acaba en 1935, un año antes de su muerte, salvo un período —entre 1928 y 1931— en que escasea»¹⁰. Y no estoy poniendo en duda el esfuerzo titánico de Don Manuel García Blanco, sino afirmando quizá una cierta barrera que incluso nos serviría para reflexionar sobre el presente. En el año 1927 y 1928, Unamuno se refugia con su soledad de desterrado en las páginas de la revista más radical de América Latina que devocionalmente acoge un discurso que contradice sus propios objetivos¹¹. Y demuestra Mariátegui su afecto devocional por el viejo rector salmantino. Pues bien, es esa relación uno de los puntos de diálogo más contradictorios de los que se establecen en los años veinte entre América y España. Y por contradictorio, uno de los puntos más vivificadores. En *Amauta* asistiremos a una pugna tenaz, agónica, para fijar la identidad peruana, donde se enarbolarán radicalmente conceptos indigenistas. Y en *Amauta* asistimos a la defensa radical de la Hispanidad, por parte de Unamuno, en un lanzamiento de diálogo que resulta como mínimo apasionante. Mariátegui y Unamuno son figuras en bastante medida opuestas, pero en estos tiempos de diálogos de culturas tantas veces *interruptus*, bien podríamos concluir, utilizando la metáfora de Don Miguel sobre el marxismo, que los dos escritores, en su diferente reflexión, tenían verdad, que es mejor que tener razón. De ese tener verdad, procede la tribuna radical ofrecida y la aceptación de Don Miguel de ella. A Mariátegui —es también un ejemplo de su verdad intelectual— no le importaba ver acompañado su discurso indigenista y peruanista por las intervenciones de quien en 1907 había acuñado un término en la revista argentina *Síntesis*: «La Hispanidad, ansiosa de justicia absoluta, se vertió allende el océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dio con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la Americanidad. Que busca también su propio destino»¹². Y a Unamuno —es también un ejemplo de su verdad intelectual— no le importó para explicarlo verse acompañado por Mariátegui, por Dora Máyer, por César Falcón, por Alberto Hidalgo, o por José Vasconcelos.

otras obras donde no he encontrado referencias a la relación con Unamuno: Aníbal QUIJANO, *Introducción a Mariátegui*, México, Ediciones Era, 1982; FRANCISCO POSADA, *Los orígenes del pensamiento marxista en Latinoamérica*, Bogotá, Nuevas ediciones, 1977; YERCO MORETIC, *José Carlos Mariátegui: su vida e ideario, su concepción del realismo*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, 1970; ARMANDO BAZAN, *Biografía de José Carlos Mariátegui*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1939; etc.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 18.

¹¹ Aunque sea obvio, y es un argumento muy recorrido por la crítica, que no hay en Mariátegui, en su indigenismo y su recuperación de la identidad americana, un componente marcadamente antihispánico.

¹² Citado por GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, p. 20.